

LA ORIGINALIDAD LINGÜÍSTICA VASCA A LA LUZ DE LOS FENOMENOS DE SUSTRATO

José Luis ALVAREZ-EMPARANZA

1. Sustrato, superestrato, adstrato

He aquí tres términos que pueden producir, por su tecnicismo, un tanto de terror al comienzo de esta conferencia. Nada más simple, sin embargo, que su contenido.

En el choque entre dos lenguas pueden producirse fundamentalmente tres resultados: 1) que la lengua originaria A sea sustituida por la advenediza; 2) que la lengua A, tras una fase más o menos crítica, expulse a la lengua B; 3) que se creen dos zonas contiguas de coexistencia.

En el caso 1, la lengua A, al desaparecer, impone algunos de sus rasgos a la lengua invasora B: he ahí el efecto del SUSTRATO; en el caso 2, la lengua B impone algunos de los suyos, por efecto de SUPERESTRATO, y en el caso 3, hay una especie de osmosis lingüística por efecto de ADSTRATO.

Esta claro que el euskera en las zonas en que se ha extinguido, habrá transmitido parte de sus rasgos a las lenguas románicas por efecto de SUSTRATO.

2. Bilingüismo, racismo y sustrato

Para explicar los fenómenos de *sustrato*, hay fundamentalmente dos tendencias. Una que, simplificando mucho, llamaremos *biológica*, y racista en el fondo; y otra, que es la de la escuela funcionalista de Martinet, que cree poder explicar el conjunto de los fenómenos de sustrato por el análisis de las *interferencias* que se producen en las comunidades bilingües.

Pero, antes de entrar en detalles, demos algunos ejemplos de fenómenos de sustrato.

Escojamos, entre otros cien, el que da Von Wartburg (*La Fragmentation linguistique de la Romania*, p. 14): «el origen de la aspiración de las oclusivas sordas intervocálicas en toscano».

En italiano, en la zona de Toscana, hay un fenómeno muy conocido; que es que las tres oclusivas sordas, o sea, p- t- k-, tienden a pronunciarse aspiradas. La p tiende a pronunciarse [p^h] la t tiende a pronunciarse [t^h] (como pronuncian los vascos [aurthen], [urthe] y la k oclusiva tiende a pronunciarse simplemente [h]. Ocurre un fenómeno como el que se da en vasco; la k inicial ha pasado a h, incluso a cero. Este fenómeno de aspiración generalizada ocurre en Italia en un área geográfica muy determinada; y esa zona, que es la de Toscana, es la zona que también coincide con la antigua Etruria; es decir, que en definitiva este fenómeno se produce *en la zona que hablaba etrusco*. Allí es donde se produce una desviación fonética en el sentido de una tendencia a aspirar las oclusivas sordas. Esto puede tener diferentes explicaciones, pero evidentemente hay una explicación que salta inmediatamente al espíritu y es que el sustrato etrusco ha impuesto esta aspiración de consonantes que en el resto de Italia no son aspiradas.

Esta hipótesis, evidentemente, los lingüistas la analizan; y se encuentran con que en etrusco efectivamente existían estos tres fonemas. Entonces, si en etrusco existían estos tres fonemas, y en esa zona justamente etrusca hay una desviación de los fonemas sordos hacia la aspiración, no es una gran extrapolación suponer que esta aspiración de las sordas oclusivas del latín se debe a un sustrato etrusco.

Evidentemente, en esto del sustrato, como en todo, hay también algunos *ultras*; por ejemplo, Ascoli es un lingüista que pasa por ser una especie de ultra del sustrato; y Von Wartburg es otro, pero más moderado. (Por ejemplo, para Martinet, que también considera que el fenómeno de sustrato ofrece bases científicas, Von Wartburg es un poco excesivo).

De todas maneras, *grosso modo*, los científicos están de acuerdo en admitir que este fenómeno de la aspiración en la zona etrusca se debe a un sustrato etrusco.

Dicho esto vamos a meternos un poco más adentro en la explicación de esta transmisión de fenómenos tan antiguos como éste; ya que el etrusco estaba en decadencia en tiempos del Imperio Romano. De manera que estos fenómenos, que se han transmitido al italiano actual, se han producido a través de uno o dos milenios.

Entonces, ¿cómo se explica que hábitos fonéticos de este tipo se mantengan vivos durante 1.000, 1.500, 2.000 y más años? A escala de la vida humana, es evidente que los fenómenos lingüísticos son extraordinariamente lentos. Sin embargo, a escala de las comunidades humanas, es algo normal. Primera observación que hay que hacer.

De todas maneras, no cabe duda de que esto sorprende; y sorprende de una manera que pueden engendrar sentimientos de tipo chauvinista, de tipo racista, que inducen a decir que las comunidades tienen una resistencia misteriosa a la aceptación de sistemas fonéticos que no son los suyos; y esto da a esta posición un contenido racista que, precisamente, es lo que yo quiero atacar en este problema.

Para explicar este fenómeno de sustrato, esta pervivencia de hábitos fonéticos tan prolongados hay una serie de explicaciones. Voy a presentar, primero, una serie de ejemplos previos para que se vea cómo de hecho se producen los fenómenos de sustrato de una manera objetiva. Luego vendrán las explicaciones.

El ejemplo que voy a poner es un caso personal, mío, que puede haber vivido otro cualquiera; es lo que ocurre con los vascos «euskaldunberris» del otro lado, por ejemplo, en Bayona. Tomemos el caso de los fonemas que se llaman *fricativos* o si-

bilantes. Es una cosa muy curiosa que haya tres órdenes de fricativas en vasco. Hay el sonido [sa], el sonido [śa] y el sonido [ša]. Esto no es muy general en las lenguas: que haya lo que en vasco se escribe *z*, *s* y *x* (zakurra, beso, goxo). El que haya estos tres órdenes, a los que hablamos vasco no nos sorprende. Evidentemente, distinguir *za* de *sa* (excepto para los vizcaínos) es una cosa bastante fácil; y, además de que la gente de hecho los distingue, hay que notar que el rendimiento fonológico de la oposición /s/-/z/ es relativamente importante; por ejemplo, *hasi* (empezar) y *hazi* (crecer o desarrollar) son dos palabras distintas, en que la oposición de la predorsal [s] a la apical [ś] se traduce por un cambio semántico, tan claro como el *empezar* por el *crecer*. Lo mismo podía decirse de la diferencia entre *hesi* (vallado) y *hezi* (enseñar, domar, etc.) En francés, en el orden de las fricativas sordas, no hay más que dos: lo que en francés se escribe con *-ss-* (nuestro fonema /s/, que es lo que en el alfabeto fonético internacional se escribe con una *s*, sin más, y es el sonido *za*, de palabras como *zakurra*, *dizut* y en francés *poisson finissons*, etc.), y el sonido que en francés se escribe *ch*, que no es *grosso modo*, sino nuestra *x* vasca, lo que en lingüística oficial se escribe [š] (en francés *chien*, *chat*, etc.) Es decir, que en el orden de las fricativas sordas, en francés sólo hay dos sonidos; sin embargo, en euskera hay tres: el sonido vasco *z* (como en *zakurra*); el sonido *s*, que es más cacuminal (es decir, que la punta de la lengua se pone un poco más arriba, como en *beso*, *erosi*, etc., palabras con una *s* apical); y, finalmente, tenemos lo que la Academia escribe con *x*, que es, ni más ni menos, que el sonido francés *ch*. Por consiguiente, en el orden de las fricativas, los vascos tenemos una distribución en tres casillas y los franceses en dos. (No reproducimos aquí el gráfico del conferenciante).

Esto supuesto, ¿qué ocurre con una persona que está aprendiendo el euskera en Bayona? Ocurre que, como está acostumbrada a pronunciar o bien *za* o bien *cha*, el sonido intermedio *sa* le resulta pedantería de lingüistas. Y, sin embargo, no hay tal. El hecho es que las estructuras lingüistas son inconscientes, pero son reales; como las ganas de comer pueden ser inconscientes, pero reales.

Entonces, nos guste o no, al señor de Bayona, que está acostumbrado a una doble casilla de fonemas en las fricativas sor-

das, cuando se le dice que hacen falta tres, empieza a ponerse de mal humor. ¿Y qué ocurre cuando se le dice a ese señor de Bayona que pronuncie la palabra vasca *beso*? Probablemente pronunciará, o *bezo*, o *bexo*. Es normal; lo que hará será negar inconscientemente esta casilla (que no posee en francés) y convertir la estructura fonética vasca en una estructura francesa. Cuando oiga pronunciar el vasco, va a tender a pronunciarlo según sus esquemas estructurales inconscientes. Esto ocurre en todo choque de lenguas: el que está intentando aprender una lengua que no es la suya, trata de imponer inconscientemente su esquema fonológico a la lengua que oye. Así se puede decir que el francés es un latín hablado por celtas; es un latín en el cual los celtas, que perdieron la partida, impusieron una serie de esquemas mentales inconscientes del sustrato lingüístico que llevaban dentro. Este fenómeno ocurre a todos los niveles, y el sustrato se produce de esta manera concreta.

Vamos ahora a las explicaciones de este fenómeno. Hay dos explicaciones.

Una que podemos denominar la explicación racista; explicación de tipo biológico. Hay bastantes lingüistas, y no son lingüistas de poco renombre, que estiman que en los fenómenos de sustrato puede haber un condicionamiento fisiológico y racial. Como sabéis, después de Saussure, el fundador de la Lingüística moderna, todo término simbólico de la lengua tiene dos caras: la cara del *significante* y la del *significado*; es decir, la cara audible, la cara que depende de la fonación y del aspecto fisiológico; y luego, la cara semántica, que es la parte del contenido intelectual, que no se ve. Teniendo en cuenta esta doble cara, está claro que la parte de fonación es, como si dijéramos, a la larga precisamente, la mitad de la lengua; la otra mitad es la parte semántica y no audiovisual. La primera depende de la fisiología de la persona. Ahora bien; puesto que hay cantidad de rasgos hereditarios de tipo fisiológico, que indiscutiblemente desde el punto de vista científico se transmiten de generación en generación por vía biológica, hay lingüistas que estiman que *ciertas predisposiciones* de la lengua dentro de la boca, ciertos *hábitos fonéticos*, son propios de un grupo étnico. En el caso del vasco, a lo largo de milenios han podido actuar ciertos hábitos fonéticos en el sentido de que el vasco, inconscientemente, tiene cierta predisposición o facilidad para colocar la lengua en determina-

das posiciones, para producir ciertos sonidos, para no producir otros, etc. En definitiva, no se trata, claro está, de que se transmita la cultura por vía biológica, sino de que la realización *fónica* (dicen estos lingüistas) pueda ser que se transmita en parte por medio de hábitos de tipo racial y biológico. Esta teoría encuentra cierta oposición porque tiene todo el aspecto de ser una teoría racista; pero para que no se piense que esto es totalmente ridículo, os diré que en un libro recientemente reeditado [(1970) *La méthode comparative en linguistique historique*, de uno de los más grandes lingüistas franceses, Antoine Meillet, que fue amigo personal de Saussure], en tres ocasiones se insiste claramente en esta predisposición de tipo racial. Dice, por ejemplo: «Sería interesante estudiar en qué medida los hábitos lingüísticos adquiridos se transmiten de generación en generación. No se sabe si un niño aprende más fácilmente la lengua de sus padres que no aprendería una lengua distinta, sobre todo, una lengua de tipo diferente; de ahí, toda una encuesta a realizar y que no ofrecería dificultades particulares», Meillet, que ha sido siempre un lingüista eminentemente crítico, reconoce que puede haber una cierta predisposición racial que se transmitiría por vía biológica.

Otro eminente lingüista francés y que también piensa que puede haber una cierta predisposición fisiológica que explicaría parte de los fenómenos de sustrato es Maurice Grammont, que tiene un tratado de Fonética que se sigue reeditando y es uno de los tratados fundamentales de la Fonética científica. Otro autor que sostiene la misma teoría es Van Ginneken. Y, sobre todo, Bertil Malmberg, un gran lingüista sueco que pertenece a la escuela funcionalista francesa, en uno de sus últimos libros —*Les domaines de la Phonétique*—, publicado por P.U.F., expone las posiciones de dos autores que explican los fenómenos de sustrato por razones biológicas: Brosnahan y Darlington. Los dos tienen posiciones bastante ultras, en el sentido de que creen encontrar en Europa zonas en que determinados fonemas coinciden, por ejemplo, con ciertas proporciones de Rh (grupo sanguíneo tan característico en los vascos).

Para terminar con este tema, tengo que decir que estas teorías tienen un inconveniente muy grande: es que se ha visto una y otra vez que los inmigrantes de un país determinado cuando llegan a otro país aprenden la lengua sin dificultad. No aparece,

o al menos no está demostrado claramente, que este cambio de lengua que se puede producir, por ejemplo, en una familia italiana que se va a Argentina o en una familia japonesa que se instala en los Estados Unidos, provoque esas diferencias que pudieran preverse si el factor condicionante biológico fuera muy importante. Pero nadie descarta, ni siquiera Martinet, que haya *algo* de este influjo. Pero no es ese influjo el más importante; porque el terreno lingüístico es un terreno eminentemente sociológico; es decir, que los condicionantes de tipo de contexto social tienen más importancia que los condicionantes biológicos.

Pero aunque esto sea así, Martinet dice que «ni a primera vista ni tras un examen más profundo, la teoría del sustrato merece el desprecio con que la han tratado algunos lingüistas contemporáneos». Pero, no apoyándola sobre factores biológicos precisamente, sino dándole la explicación que le da el mismo Martinet: la explicación por el *bilingüismo prolongado*. Y este fenómeno es el que hay que analizar.

Martinet tiene dicho en diferentes ocasiones que, hasta ahora, la lingüística ha considerado siempre a las sociedades monolingües como sociedades normales; y que él tiene la impresión de que lo *normal* en la sociedad no es la monoglosia, sino que lo más normal en toda sociedad es la coexistencia de lenguas; en definitiva, el bilingüismo. Y que, en los fenómenos de sustrato y en otros muchos fenómenos, la clave debe ser buscada en el *bilingüismo prolongado*, en que, como he explicado antes en el aspecto fonético, hay una continua interacción, que se traduce por lo que se llaman calcos. Inconscientemente la gente produce calcos tanto en el plano fonético como en el plano semántico. La coexistencia de dos lenguas durante milenios es explicación suficiente de los fenómenos de sustrato, en los que no hay nada misterioso ni hay por qué recurrir a factores de tipo biológico.

3. Area vascófona medieval. Lenguas románicas surgidas en ella

Pasemos ahora al segundo punto. Siendo todo esto así, siendo el fenómeno de sustrato un fenómeno de bilingüismo generalizado, lo que hay que analizar es en qué zonas del País Vasco

pretérito se hablaba vasco. Puesto que los fenómenos de sustrato vasco los vamos a encontrar a través de un bilingüismo prolongado vasco-latino o vasco-románico, quiere decir que, para analizar tales fenómenos, tendremos que fijar primero cuál es la zona en la cual ha habido un bilingüismo prolongado en el País Vasco.

Primera constatación que hay que hacer —y que todo el mundo conoce—. En la primera guerra carlista los testigos, que procedían de Europa, hablan de que en la zona de Tafalla y en la de Estella los viejos hablaban vasco todavía. En Navarra, pues, ha habido un retroceso evidente en este siglo. Desde el mapa de Bonaparte, que cumple ahora 100 años, hasta el mapa del euskera actual, hay una pérdida geográfica de la lengua vasca conocida de todos. Este retroceso es evidente en Navarra; es menos sensible en Euskadi Norte, pero allí también hay retroceso. Por no citar más que un ejemplo de esa región Norte, el pueblo Gestas (en vasco Jestatsu), al norte de Zuberoa, a principios del siglo XIX pasaba por ser bilingüe; en este momento en Jestatsu la gente no sabe ni que han sido vascos, aunque tenga apellidos vascos. Y probablemente tampoco saben lo que ha escrito el canónigo de Bayona, Narbaitz (que fue vicario de Bayona, y es bajo-navarro de origen) en su último libro de historia antigua del País Vasco: una idea que también era de Lafon y de otros investigadores: a la llegada de los romanos el vasco se hablaba en la costa mediterránea del Pirineo. O sea, que el retroceso geográfico del euskera es mucho más fuerte de lo que comúnmente se cree.

Por tanto, hay que desechar la idea de que el euskera se salvó de la romanización; más bien hay que decir que la parte no romanizada es ínfima; la inmensa mayoría del territorio vasco fue romanizada. Y fue un azar inexplicable que no acabaran definitivamente con nuestra lengua como acabaron con la lengua tartesia, con la ibérica, con la céltica, con el galo, etc., etc. La prueba de la romanización está además en la realización fonética de los propios términos de origen latino. El vasco *errege*, por ejemplo, es una asimilación del latino *regem*, de la primera época latina. Esta asimilación de términos latinos muy antiguos prueba que aquí la romanización se produjo muy profundamente y desde tiempo muy remoto. Es lógico, pues, pensar que la mayor parte del territorio vasco fue romanizada en tiempo de los ro-

manos, y que el resto no fue romanizado del todo por casualidad, o probablemente, por el aislamiento y por el carácter salvaje de aquellos antiguos pobladores vascos de algunas zonas. En cambio, las ciudades más conocidas del territorio vasco en aquella época, como Calahorra, Cascante, Alfaro, Huesca, etc., que eran ciudades de lengua vasca, quedaron completamente romanizadas. Según Caro Baroja, el Ebro era entonces el nervio central del Pueblo Vasco...

Si ahora dibujamos un mapa del euskera hablado a principio de la Edad Media, en el momento en que surgen los dialectos románicos (mapa que nos interesa para explicar los fenómenos de sustrato), encontramos que en la zona sur del Garona, hasta los límites del país vasco-francés actual, se hablaba el gascón.

Hay algunos occitanistas que piensan que el gascón es una rama del occitano. Esta es una opinión política, pero no es una opinión científica. Tanto Bourciez, como Pierre Bec, como Rohlf, que son los mejores especialistas de la lengua gascona, consideran que no hay más derecho a decir que el gascón es una lengua occitana, que a decir que el catalán es una lengua occitana. El gascón es una lengua románica que tiene una diversidad suficiente en el plano lingüístico como para considerarlo una lengua con el mismo título que el catalán o el italiano.

Sabemos, por otra parte, por los estudios de René Lafon, que lo que se llama el aquitano (conocido a través de las inscripciones de la época romana) no es sino un *protovasco*, el vasco antiguo. Podemos poner muchos ejemplos; pero al lector interesado le remito al libro de Michelena *Textos arcaicos vascos* o bien *Fonética histórica vasca*, donde pueden hallarse muchas palabras que proceden del aquitano y que son totalmente vascas. Otra prueba suplementaria ha sido dada hace poco por el citado Nabaitz que, estudiando la antigua historia vasca, ha encontrado varios documentos en los que hay pruebas de que, a principios de la Edad Media, en Dax se hablaba vasco.

El gascón penetra un poco en territorio español por el valle de Arán. En el valle de Arán, por ejemplo, se ha encontrado una inscripción que dice:

ILURBERRIXO / ANDEREXO

No hace falta ser un gran lingüista para darse cuenta de que eso es vasco. Lumbier es «Irunberri» en euskera; y señora se

dice «Andere» (y «andereño» y «anderetxo»). Pues bien; en toda esta zona del gascón nos vamos a encontrar con fenómenos de sustrato.

En cuanto a Andorra, que hoy es lingüísticamente catalana, tiene toponimia netamente vasca, empezando por la palabra «Andorra». En la parte oriental de la provincia de Huesca hay una región conocida con el nombre del valle de Ribagorza, y al lado está la zona del alto Pallárs. En relación con estas dos zonas, los estudios de dos investigadores catalanes, Abadal y Corominas, demuestran que ahí se ha hablado vasco durante la Edad Media, y hasta muy tarde; hasta el punto que Corominas habla del «dialecto ribagorzano del euskera».

Un poco más al oeste, está la ciudad de Huesca.

Oihenart tiene, en una serie de obras inéditas, documentos en los cuales consta que en la zona de Ayerbe (al oeste de Huesca) hay una serie de antroponímicos o motes de personas de la zona, del siglo XIII y XIV, que son netamente vascos. (Si se empleaban estos antroponímicos, indudablemente es porque significaban algo para el que los decía y para el que los escuchaba). Por otra parte, en Huesca, gracias a documentos encontrados por Lacarra, se sabe que, en el siglo XIV por lo menos, se hablaba vasco. En las *Ordenanzas Municipales de Huesca* de 1349 se dice explícitamente que se prohíbe a los mercaderes hablar «en hebreo y en vascuenz». Cuando dicen *hebreo* probablemente se refieren a un dialecto de tipo ladino, que la gente no entendía; el «vascuenz» está claro que se refiere al euskera.

Pasemos ahora a la Rioja. Por un documento dado a conocer hace ya 40 años por J. B. Merino Urrutia, sabemos que en la Rioja Alta, zona de que se había apoderado hacía poco Castilla, todavía se conservaba la lengua de los navarros que es el vasco. Tuvo un conflicto el Corregidor de Castilla, porque quiso tomar declaración a un campesino riojano de Ojacastro en castellano; y el vecino de Ojacastro se negó, alegando que él tenía derecho a hablar vasco en los tribunales. Esto chocó al gobernador; quien consultó, y se dio cuenta de que, efectivamente, los Fueros de la localidad y de la zona de Ojacastro permitían hacer las declaraciones en vasco. Esto prueba, por tanto, que en el siglo XIII allí se hablaba vasco. Esto incita al grupo de Estudios Riojanos que hoy día saca la revista «Berceo» (Gil del Río, Merino Urrutia,

etcétera) a pensar que la pérdida del vasco en la Rioja, por lo menos en la zona de Ezcaray, data del siglo xvi.

Por tanto, la geografía vasca, desde el punto de vista de la lengua, es muy distinta de la que algunos se imaginan. Por una parte, en la zona de *Rioja Alta* hay un islote resistente. Por otra, en la zona de *Huesca*, y de *Lérida* incluso, hay también zonas resistentes hasta fechas bastante tardías; y luego al Norte, tenemos toda *la región gascona*, en la que, a juzgar por la potencia de los fenómenos de sustrato, el vasco debió de mantenerse con bastante pertinacia.

En estas tres regiones, por tanto, lo que tenemos que hacer, tratando de estudiar los fenómenos de sustrato, es analizar, en definitiva, aparte de los fenómenos propiamente vascos, los fenómenos que se producen *en esas lenguas románicas*, que rodean la zona vasca.

Habrà, pues, que analizar el *gascón*, el *alto aragonés* (dialecto que no viene del castellano, sino directamente del latín; como el gascón, como el catalán y como el sardo) y el castellano-*riojano* (en éste hay un riojano de tipo vascónico o navarro y otro riojano de tipo vizcaíno en la zona de Ezcaray). Veremos que en estas tres lenguas hay fenómenos que sólo tienen una explicación: que el sustrato vasco se ha impuesto en las lenguas románicas contiguas.

Esto tendrá dos consecuencias: Primero, será una confirmación de que en esas zonas se hablaba vasco; segundo (lo que, cara al futuro es más interesante), dado que esos fenómenos de sustrato son suficientemente activos y suficientemente potentes como para haberse impuesto incluso a lenguas románicas, dichos fenómenos fonéticos ofrecen razón bastante como para imponerlos en el Euskera Batua.

4. Análisis somero de varios fenómenos fundamentales

Esta parte va a ser demasiado técnica y no entraré en detalles. Quien los desee puede remitirse a mi artículo, en francés, que publica Euskaltzaindia en su boletín «Euskera».

Uno de ellos es el del fonema /r/ inicial (r—).

Como es sabido, el vasco se resiste a pronunciar palabras que empiezan por r—.

Tenemos, por ejemplo, que del latino *rota* provienen el castellano *rueda*, el francés *roue*, etc.; y que en vasco, con una connotación semántica distinta, tenemos *errota* y en gascón es *arroda*.

Otro ejemplo: *Rama* o *ramo*, en occitano se dice *ram*, en francés se dice *rameau* y en vasco, con el sentido de laurel, se dice *erramua*, y en gascón, *arramu*. Podríamos ver otros muchos ejemplos que muestran cómo el occitano, el francés y el castellano no ofrecen ninguna resistencia a iniciar la palabra con el sonido r; sin embargo, en vasco sí y en gascón también. El gascón, que pasa por ser una rama del occitano, se separa aquí del occitano para coincidir con el vasco; alejándose del francés y del español.

En aragonés, según observa Menéndez Pidal, el fenómeno no es tan claro; pero puede dar algunos ejemplos: *Reír* se decía en aragonés de la montaña *arrier*; rojo se decía *arroi* (o se dice, puesto que el aragonés todavía se habla un poco en el valle de Hecho y en el valle de Ansó). *Ribera* se decía *arripera*; *redondo* se decía (o se dice) *arretundo*. Por tanto, también en aragonés ha ocurrido la misma duplicación *a* o *e* por delante de la *r*; indicio, lo mismo que en el gascón, de un fenómeno de sustrato.

La resistencia del vasco a pronunciar una *r* en cabeza se ha transmitido, incluso fuera del vasco, a los dialectos románicos contiguos. Lo malo que tiene este ejemplo (cosa que no se suele saber) es que esta resistencia a la *r* inicial no sólo se da en el vasco, sino que también se daba, al parecer, en ibérico; y que, por lo tanto, en rigor, este fenómeno podría ser de sustrato ibérico tanto como de sustrato vasco. Sin embargo, hay otros ejemplos, que enseguida veremos, que son más típica y exclusivamente de sustrato vasco.

El primero de todos es el fenómeno de //f/.

El fonema *f* hoy es una fricativa labio-dental, pero no ha sido siempre así. En vasco la //f/ tiene todo el aspecto de haber sido importada, y además en tiempo relativamente reciente. Hay muy pocas palabras con *f* en vasco; y las pocas que hay generalmente son de origen español o francés; por ejemplo, *ferralla*, *ferra*, etc. Hay, de todas maneras, algunas *efes* que parece que son letras

antiguas en vasco; por ejemplo, una de las palabras más conocidas con *F* es *afaldu*, *afari*, etc. No en todas partes se dice *afaldu* en vasco. Ya sabéis que hay una alternancia de *f* con *b* en vasco, que es muy curiosa. Los suletinos dicen *aibaltü* y los roncaleses decían *aigaltu*.

Evidentemente hay una zona en la que no se dice con *f*, sino con una *b*. Por fin, y de todas maneras, se dice también *afari* y *afaldu*.

Otra de las palabras que tiene *f* es *afarra*, que también se dice *aparra*, que significa espuma; y que, con todo, tiene el aspecto de ser relativamente antigua. Pero siempre tienen variantes con *p*. Todo lo cual parece demostrar que las *f* en vasco son recientes y de origen alógeno. La observación de los fenómenos de sustrato va a tener, pues, mucha importancia a este respecto. Siendo esta resistencia a la *f* inicial muy característica del vasco, y no siéndola del ibérico, la observación de los fenómenos de sustrato aplicada a esta característica de la *f* inicial es especialmente importante para nuestro tema. Por consiguiente, primera constatación que hay que hacer: la *f* en vasco, en tiempos antiguos y por observaciones directas de algunos gramáticos del siglo XVI vascos, sabemos que no era como la *f* de hoy. No era labio-dental (poniendo los dientes encima del labio inferior), sino que era espirante bilabial. Este fonema bilabial, que se escribe en el alfabeto internacional con una Φ es un fonema muy inestable en todas las lenguas, y también en el vasco. Por eso se explica que la realización de *f* como bilabial en vasco haya desaparecido.

Azkue y otros autores dicen que, en ciertas zonas del País, todavía no hace mucho había gentes que pronunciaban las *efes* como bilabiales. Por tanto, si la *f* se pronunciaba como bilabial, es natural que la *f* haya tenido mucha tendencia a convertirse en una *b* (también bilabial). Entonces las *efes* de importación han dado toda clase de fonemas menos *f*. Por ejemplo, una palabra alógena conocida (lo que suele producir disgusto en los puristas) es la palabra *lore*, flor. Esta palabra en Motrico se dice *flore*; y hay canciones lapurtanas en las que se dice *primaderako floria*. No debe quedar, pues, duda de que *lore* viene de *flore*.

Otro ejemplo; en Polloe hay un caserío que se llama Lorenzo-Enea, que evidentemente no es sino Florentzio-Enea. La resistencia a pronunciar una *f* inicial ha provocado esta eliminación

pura y simple de la *f*. Otro ejemplo que suelo poner yo es el de *forca*, que da *horca* en castellano, y que en vasco evidentemente es *urka* (con desaparición de la *f*). En castellano también ha dado una *h*, que además fonéticamente es cero. Todo esto quiere decir que, yendo a una ecuación, la *f* latina ha producido una serie de fenómenos en vasco: ha producido *p*, ha producido *b*, ha producido *p* aspirada, ha producido cero, y ha producido a veces —hay que reconocerlo— sobre todo en Vizcaya, una *f*. Por ejemplo, el latín *ficus* (higo en castellano) ha producido en vasco: *pikua*, *bikua*, *phikua* con aspiración, *ikua* y *fikua* (porque hay que reconocer que también se oye a veces *fikua*). En conclusión: la resistencia del vasco al fonema *f* inicial se traduce a veces por la supresión pura y simple, otras veces por una serie de fonemas de sustitución que, en general, son bilabiales; lo cual es un indicio de que, efectivamente, el vasco sentía la *f* como bilabial y no como labio-dental.

Siendo esto claro en el campo vasco, vamos a ver qué pasa en los demás dialectos o lenguas contiguas.

Tomemos por ejemplo la palabra *hijo*. El latín *filio* ha producido en el gascón la palabra *bilho*; en francés ha dado *fil*s, en galaico-portugués ha producido *filho*, en leonés (el dialecto que, en tiempo de la Reconquista existió al norte de León) ha dado *fillo*, y en aragonés *fillo*, en catalán *fill*, en mozárabe (según Menéndez Pidal) es algo como *fauchil*. Aquí todos van con *efes*; pero, de pronto, nos encontramos en castellano con *hijo*, en el que la *h* carece de valor fonético. Se ve, pues, que en todas las lenguas latinas de la zona occidental se conserva la *f* latina; sin embargo, en gascón y en castellano la *f* se convierte en *h*; una *h* con valor fonético en gascón y sin valor fonético en castellano: *hijo*. Si se hace un mapa y se ve la *f* normal en toda la zona occidental de las lenguas románicas, y se encuentra con esa restricción en gascón y en castellano, la impresión que sacan justamente los lingüistas (Von Wartburg, etc.) es que estamos ante un fenómeno de tipo vascoide con una explicación en el sustrato.

En el gascón antiguo, con una rigidez absoluta, toda *f* se convierte en *h*. En castellano esta resistencia existe también, aunque no tan fuerte como en gascón.

Ahora bien, para comprender esta resistencia parcial del castellano a la *f* originaria, hay que notar que el castellano surgió no en Asturias (que produjo el leonés, dialecto que no tuvo

éxito político); sino concretamente en la Rioja, y que es ese el dialecto románico que tuvo éxito político hasta convertirse en lengua oficial del Estado Español. No hay que olvidar que Gonzalo de Berceo, que es el primer autor conocido de la lengua castellana, era riojano, y era, como él dice, de lengua cántabra.

Ya hemos observado que en la Rioja hay *dos dialectos de tipo vasco*, distintos; en la zona de Cascante, Alfaro, etc. de la Rioja oriental está claro, por la toponimia, que se habló un *dialecto vasco de tipo vascón* o navarro; y en la zona de la Rioja alta, que es la que más ha conservado el vasco, por ser más montañosa probablemente, se habló un *dialecto de tipo vizcaíno*. La prueba está en que Gonzalo de Berceo, que era de la Rioja alta (probablemente de Santo Domingo de la Calzada, que, en vasco se llama Ostabarte) cita a un tal «Don Bildur». Esta palabra se ha traducido hoy al Euskera Batúa por *beldur*. Las formas *bildur* o *billur* son formas vizcaínas. Esto es un síntoma, o una confirmación de que Gonzalo de Berceo no solamente era de lengua vasca, sino que era lengua vasca del tipo vizcaíno. Pues bien: Gonzalo de Berceo, según un estudio del P. San Sebastián (que suele firmar en vasco Latxaga), tiene en su obra, por lo menos, cincuenta o sesenta palabras netamente vascas, utilizadas en el sentido exacto que tienen hoy en vasco. Todo esto quiere decir que, en la Rioja, en el siglo XIII al menos, cuando empieza a surgir la lengua castellana, vive en contacto con la lengua vasca. La gente que empezó a escribir en castellano era gente que en casa hablaba vasco. Esto es una cosa segura; y que no ofrece duda alguna para los que asistieron a los actos celebrados el año pasado en San Millán de la Cogolla, actos conmemorativos del milenario de las célebres Glosas Emilianenses; entre las que hay dos glosas, del siglo X, escritas probablemente por algún monje que nadie sabe qué dialecto hablaba. Probablemente era un dialecto de tipo riojano, y eran normales para quien escribió esas glosas en vasco como explicación; glosas que son todavía un misterio para todo el mundo, porque no se entiende bien qué quieren decir, pero que bastan para llevarnos a esta conclusión: que el castellano surgió en la Rioja, en zona de sustrato vasco clarísimo, en el sentido de que el propio Gonzalo de Berceo era bilingüe. Volviendo, pues, al tema, hay que concluir que esta resistencia del castellano a pronunciar la *f* inicial es evidentemente un fenómeno de sustrato vasco. Pasemos ya a otro punto.

5. Anormalidades en la zona oriental

Otro fenómeno relativo a esta cuestión del sustrato vasco es uno que ya fue señalado, hace cerca de 70 años, por un señor que se llama Saroñhandy, autor de artículos muy interesantes en la *Revista de Estudios Vascos*, y que era especialista en fenómenos de sustrato de bearnés. El bearnés no es sino la forma literaria más conocida del gascón; y fue lengua oficial del estado de Béarn, y también en parte del País Vasco; puesto que, por ejemplo, en Zuberoa, la lengua oficial ha sido el bearnés. Siendo el bearnés la forma literaria del gascón más conocida y la más documentada, es la que permite hacer estudios un poco documentales. Recuérdese que Margarita de Navarra que, por cierto, solía pasar sus vacaciones en el castillo de Gixune, en la frontera del País Vasco, escribió en bearnés sus famosas poesías. Pues bien: el fenómeno que señalaba Saroñhandy, y que ha sido recogido por otros muchos autores, es el fenómeno totalmente original en vasco, de la no sonorización de las intervocálicas oclusivas sordas provenientes del latín. El fenómeno de sonorización consiste en que las tres oclusivas sordas —*p*, *t*, *k*— se convierten en sonoras *b*, *d*, *g*, respectivamente. En esto el vasco muestra también su gran originalidad, puesto que en vasco las intervocálicas sordas se van a mantener sordas. Si hacemos un mapa de la zona de las regiones románicas, incluyendo el rumano, el italiano, etc., y lo dividimos, como es costumbre entre los romanistas, en dos zonas, una Romania oriental y otra Romania occidental, observamos que una de las características fundamentales que sirvieron para esta división en dos grandes zonas es la conservación o no de las vocales sordas (*p*, *t*, *k*) en posición intervocálica. El rumano, el italiano y el sardo, en su evolución, conservan las sordas como sordas (recuérdese la frecuencia del sonido *t*, por ejemplo en las sílabas finales italianas: *Dato realità*, etc.).

En español no ocurre esta conservación de la *t* latina, como se ve en el ejemplo que antes pusimos: el latín *rota* pasa al español *rueda* (con la sonora *d*) y en francés es *roue*, donde incluso la *d* ha desaparecido. Pues bien: el fenómeno de la sonorización de las oclusivas sordas se produce en todas las lenguas románicas de la región occidental de la Romania (portugués, español, catalán, etc.), con una sola excepción: *la zona pirenaica*.

En la zona pirenaica, y sólo en ella, se observa un fenómeno que ha llamado siempre la atención de los lingüistas: y es que las intervocálicas sordas siguen siendo sordas. El primer lingüista que observó esto fue el ya citado Saroïhandy. Después ha hecho un estudio más profundo Rohlfs, que es un lingüista alemán de la Universidad de Munich. En su libro, publicado en francés, *Le Gascon*, está largamente analizado este fenómeno con todo detalle. Señala una decena de sufijos que en gascón han conservado la sorda intervocálica; y trae unas sesenta o setenta palabras en las que se conserva la sorda intervocálica. El gascón, pues, en contra de toda la Romania occidental, conserva la sorda intervocálica.

En el aragonés pasa exactamente lo mismo; y el fenómeno es neto, según observa Menéndez Pidal, cuando uno se acerca a la montaña. Un ejemplo: *abierto* en aragonés es *apierto*; *redondo* es *arretundo*, etc. Ahora bien, ésta es una característica típicamente vasca. Exceptuando el vizcaíno, todos los demás dialectos conservan las oclusivas sordas: por ejemplo, el participio de acabar en vasco es *akabatu*. Es característica del vasco la *t* sorda del —*tu*, que es uno de los sufijos normales del participio vasco. Hav, por tanto, una coincidencia en el gascón, en el vasco y en el aragonés de la montaña, los tres únicos idiomas de Europa occidental que no siguen la norma de toda la zona, que consiste en sonorizar las oclusivas. Evidentemente, estamos aquí una vez más ante un fenómeno de sustrato vasco; y esta es la explicación que dan todos los lingüistas. Caro Baroja da los límites concretos de este fenómeno, y son casi exactamente los mismos límites que antes hemos señalado como límites de la zona vasca. Saliendo de esta zona, por ejemplo hacia el centro de Aragón, donde ya no se hablaba vasco, el sustrato no era vasco, sino que era céltico (en la zona de Zaragoza) o era ibérico (en la zona de Cataluña), regiones donde, efectivamente, no se observa este fenómeno lingüístico de la conservación de las sordas.

Otros fenómenos que podrían citarse son la sonorización después de *l* y *n*, típica del vasco; y que no se produce en las lenguas vecinas. En español se dice *blanco*; pero en aragonés se dice *brango*, que es un fenómeno de sonorización como el que se da en el vasco, en el cual (exceptuando los dialectos orientales, el suletino, etc.), después de *n* no se encuentra nunca la sorda *k*, sino la *g*.

Otra de las características del vasco en que se separa de toda la zona contigua es la asimilación *de las vocales romanas*. Las vocales romanas eran cinco, por su grado de apertura; pero eran, en definitiva, diez, porque había dos cantidades: breves y largas. De estas diez en todo el mundo occidental de la Romania se pasó a siete fonemas: la *i* larga ha dado *i*; la *i* breve y la *e* larga han producido una *e* cerrada; la *e* breve ha producido una *e* abierta; las dos *a* se han confundido; la *o* abierta ha producido una *o* abierta; la *o* y *u* han producido una *o* cerrada, y la *u* larga ha producido la *u*.

Este sistema de siete vocales es el normal en todas las lenguas románicas de Occidente, en su fase románica al menos. ¿Cuáles son las lenguas que no han seguido este esquema? En toda la Romania occidental hay *una* sola excepción: el vasco no ha hecho esta distinción de los fonemas vocálicos: No ha tenido en cuenta la cantidad, y ha hecho otra transformación distinta. Ha hecho lo mismo que el sardo: no tener en cuenta la cantidad, y hacer una sola vocal de las larga y breve correspondientes.

Caro Baroja dice que ésta es la característica más fuertemente distintiva en el campo lingüístico vasco. Y eso tiene sus repercusiones en las lenguas románicas vecinas.

También me interesa notar que en la zona oriental del País, digamos en la zona roncalesa y salacena, el fonema *f* inicial existe, como lo han señalado Azkue y Michelena. Además de esta falta de resistencia al fonema *f* hay otros fenómenos curiosos, como los diptongos —*au*, —*ue*, o el fonema *r* inicial, y otros, que parece contrarían lo más característico del vasco. ¿Cómo se explica esta debilitación de las características del vasco en la región más oriental del País? La explicación que a mí me parece más plausible es la acción que ejercen los fenómenos de sustrato no vasco de la zona contigua, es decir, de Zaragoza (que es de sustrato céltico). Es sabido que, por razones económicas, los roncaleses y la gente de la Montaña bajaban al Ebro. Y por eso, a pesar de que el idioma roncalés es muy arcaizante en muchos aspectos, en otros muestra unos fenómenos fonéticos muy poco vascos. Esto suele ocurrir en las zonas limítrofes: que, por una parte, son arcaizantes, porque algunos fenómenos quedan localizados en esos rincones; y, al mismo tiempo, son también innovadores, copiando claramente formas contiguas.

Conclusión

Para terminar, y con vistas al problema que hoy tiene planteada la Academia de Lengua Vasca, el de fijar una fonética digamos unificada, pienso que lo que habría que hacer —asunto que compete sobre todo a los lingüistas— es tener en cuenta que hay una serie de fenómenos de este tipo, que son muy profundos, tendencias fonéticas que se han transmitido como fenómenos de sustrato a las lenguas contiguas, y que, a la hora de dar unas normas, habría que tener en consideración. Tales son, por ejemplo, esos casos de *r* inicial, que habría que evitar; o el de la no sonorización de las sordas, que habría que tener presente [por ejemplo, a la hora de elegir entre *Unibersitate*a o *Unibersidade*a, hay razones para elegir la primera, como en efecto se ha hecho]. Igualmente, respecto a la pronunciación de algunas letras, habría que examinar, a través de los fenómenos de sustrato, cómo se han alterado los préstamos de origen románico, y cuáles han sido las directrices fundamentales del mundo fonético vasco, para tratar de conservarlas en el *Euskera Batua*.